

Victoria María
Sueiro Rodríguez

*El discurso en
Cienfuegos, 17 de
agosto,
novela epistolar de
tema histórico*

Liminar necesario

Durante las primeras décadas del siglo XIX y hasta finales de la centuria, se produjo la llegada de una inmensa cantidad de emigrantes españoles a Cuba, como consecuencia, entre otros factores, del despegue azucarero que se produjo en el país.

A partir de 1837, Cienfuegos logró alcanzar «el más violento *boom* que recuerda la historia cubana» (Moreno 143), y se fue convirtiendo, paulatinamente, en un importante emporio de producción azucarera sobre la base de grandes plantaciones esclavistas; con ello se sentaron las fuertes y sólidas bases para el posterior desarrollo económico de su región; razón por la cual llegaron a la naciente colonia no solo inmigrantes extranjeros, sino también de otras regiones del país en busca de trabajo y fortuna.

El desarrollo azucarero se complementó con su puerto, con el cual se comunica y mantiene contactos con el exterior. Esto hizo posible que se formase un grupo de comerciantes emprendedores que fueron capaces de invertir capitales y luego devinieron grandes refaccionistas en la zona.

Agustín Goytisolo y Lezarzaburu, fue uno de esos inmigrantes, que llegó procedente del País Vasco. Nació en la localidad

vizcaína de Lequeito, y por ser hijo bastardo decidió aventurarse y cruzar el Atlántico para hacer fortuna. Recaló en Cuba y llegó bien temprano en la década de los treinta a la naciente colonia cienfueguera donde se casó con una española, Estanislao Digat, de ascendencia francesa con la que tuvo 8 hijos, y ya en 1858 había construido la casa palaciega conocida como «La Catalana».

Se asentó definitivamente en Cienfuegos, rica región azucarera, donde a base de esfuerzos, coraje y pocos escrúpulos consiguió levantar inicialmente un pequeño ingenio azucarero El Lequeito; posteriormente fue dueño de El Simpatía, y propietario de la línea férrea de Rodas a Turquino, también el central San Agustín era propiedad de los Goytisolo. Fue electo regidor durante 1864-1868 y alcalde entre 1869-1871.

En torno a este hombre emprendedor de negocios y su familia, se teje la trama de la novela que nos ocupa, *Cienfuegos, 17 de agosto*, que apareció publicada en Barcelona en la primavera de 2004 y fue escrita a cuatro manos por Pablo Bonell Goytisolo y Empar Fernández, bajo el sello de la Roca Editorial de Libros, S.L. *Cienfuegos, 17 de agosto* no «es una obra histórica, negra y epistolar» (Sociedad); sino una novela epistolar de carácter histórico sobre la Cuba colonial en el entorno de una familia de hacendados, que tiene como trasfondo la intriga que se desarrolla alrededor de Clara y su muerte.

La novela tiene el mérito no solo de recrear lugares y hechos históricos acaecidos en la ciudad y la región de Cienfuegos en la época colonial, sino también de adentrarnos en una atmósfera llena de intrigas y de muertes, de personajes ficticios y reales. Asimismo, podemos apreciar las redes sociales y las relaciones de parentesco que se tejieron entre los miembros de la familia Goytisolo y Lezarzaburu, y esta, a su vez, con otras asentadas en este lugar y en otras regiones del país.

De los autores y la génesis de la novela

Pablo Bonell Goytisolo es licenciado en Geografía e Historia. Profesor de secundaria en un instituto y trabaja como docente de Español como Lengua Extranjera y en un centro de formación de adultos. *Cienfuegos, 17 de agosto* es su primera novela.

Empar Fernández es nacida en Barcelona y licenciada en Psicología Clínica y en Historia Contemporánea; trabaja como profesora de enseñanza secundaria y como columnista de

prensa. Es autora de guiones para documentales. Su primera novela, *Horacio en la memoria*, fue merecedora del Premio Cáceres de novela corta en 1999. Es autora de otras dos novelas.

¿Cómo surgió la idea de escribir la novela? El discurso

Cienfuegos, 17 de agosto posee una escritura en la cual se presenta por un lado el discurso histórico, y, por otro, el discurso literario donde se mezcla lo real y lo ficticio, lleno de recursos del lenguaje: imágenes, metáforas, símiles. Hay predominio de narraciones y descripciones de hechos y de lugares.

En carta fechada en Barcelona el 15 de junio de 1957 por Carlos Serriñá y dirigida al Sr. Goytisoló,¹ este le comenta cómo adquirió un fajo de cartas que encontró muy bien guardadas al morir su padre, el librero Buenaventura Serriñá, que las había atesorado con sumo cuidado después que le fueron entregadas para su custodia.

Hace ahora unos cuatro meses, al morir mi padre — el librero Buenaventura Serriñá —, procedí a liquidar el negocio del que era propietario (...) Nada conservé a excepción de los libros de cuentas y de un fajo de cartas que mi padre guardaba bajo llave en un cajón junto a sus pertenencias más apreciadas y que, por su color amarillento y por la calidad del papel, tenía una antigüedad evidente. Las misivas atadas cuidadosamente mediante una cinta, habían sido dirigidas a Antonio Goytisoló, su abuelo, y estaban fechadas entre 1873 y finales de 1874 (7).²

Y más adelante agregó:

Alguien, probablemente el destinatario, las había ordenado y guardado con sumo cuidado. Hice algunas averiguaciones que estaban a mi alcance y pude saber que habían sido confiadas a mi padre en septiembre de 1936. Desconozco las circunstancias en que tuvo lugar la entrega, pero no me parece aventurado suponer que éstas serían penosas. Leí las dos primeras con el propósito de determinar el tipo de

¹ Se refiere a Antonio Goytisoló, hijo de Agustín Goytisoló, el destinatario de todas las cartas que se escriben en la novela; era el bisabuelo de Pablo Bonell.

² En lo adelante se pondrá en las citas solamente el número de la página de la novela.

correspondencia que tenía entre manos, pero la curiosidad y el interés evidente de los acontecimientos que en ellas se relatan me incitaron a proseguir la lectura hasta conocer el desenlace de la historia (8).

Esta carta de Carlos Serriñá, según nos comunicó Pablo Bonell, «no es real, ese personaje no existió. Pensamos en esa introducción fundamentalmente para que el lector tuviera conciencia de que la estructura epistolar no es la habitual de cartas cruzadas» (Bonell, Mensaje), sino que todas las cartas que el lector leerá «tienen un único destinatario, Antonio, que nunca escribe. Son varias las personas que escriben pero siempre a él, por lo que nunca el lector sabrá su respuesta. Esa apuesta, creo que arriesgada en su estructura, deseábamos que la conociera el lector» (Bonell, Mensaje).

Dice Bonell:

La idea básica es que cogimos unos personajes reales y, a partir de unas cartas que sí existen pero que hemos transformado, nos sirvieron de punto de partida para desarrollar una trama ficticia. Lo que más se aproxima a la realidad es la primera parte; las descripciones de la situación de Cuba (que hemos comprobado, claro), la casa Goytisolo de Cienfuegos (que sí existió, y aún existe, aunque casi se halla destruida, aunque eso ya lo sabes bien) y los ingenios (que sí pertenecían a la familia Goytisolo). La idea general que transmite la novela en cuanto que expresa la opinión de Agustín sí se ajusta al ideario político y social que Agustín manifestaba en sus cartas (Ibíd.).

La mayoría de las cartas que aparecen en la novela están fechadas en las últimas décadas del siglo XIX en la localidad de Cienfuegos; están cargadas de intrigas, nostalgia patria e historia colonial, las mismas fueron el punto de partida y el eje para la escritura de la novela. Llegaron un buen día a manos de Pablo Bonell Goytisolo, tataranieta de Agustín Goytisolo y Lezarzaburu y bisnieta de Antonio, hijo de este, y así comenzó a gestarse la obra.

Los autores presentaron su primer título en común en el Salón del Libro Iberoamericano, donde la Roca Editorial también hizo un acto de presentación.

Contaron Fernández y Bonell al público presente en esa ocasión de su novela «cómo su aventura literaria logró llegar a buen término tras una larga aventura de entendimiento, trasvase de ideas y defensa de criterios» (Sociedad).

El escritor y profesor de Historia, describió una suerte de equilibrio constante entre las dos mentes y las cuatro manos, «distribuyendo apartados sin disputas» (Ibíd.). Sin embargo la autora, como él docente en un instituto de Enseñanza Secundaria aunque más veterana en las lides literarias, dibujó un escenario algo diferente: «Llegamos a pelear por una línea, incluso por una coma pero siempre ganó el relato» (Ibíd.). Al final los dos son padres de la criatura al ciento por ciento aunque «quizá en algunos personajes hay más concepción de uno que de otro» apuntó Bonell (Ibíd.).

El resultado es una obra que, además de recuperar el lenguaje original de la época, logra novelar 130 años de historia y los autores lo logran del modo más atractivo y entendible posible. Según sus palabras: «Hemos puesto todo de nuestra parte para que el lector se sienta atrapado y nos ha salido una narración atípica, envuelta en la lucha por la independencia cubana y, como consecuencia, en una trama de violencia y asesinatos», dice Bonell; y añade Empar: «Algo que ha sido posible contar por la distancia que dan las cartas y con la riqueza que otorga el hecho de que fueran 11 sus interlocutores» (Ibíd.).

El por qué del título

Cuando en 1873 el vizcaíno Agustín Goytisolo y Lezarzaburu decidió volver a Cuba después de haber pasado un tiempo en Barcelona, lo hizo convencido de que su llegada ayudaría a poner en orden, a su juicio, el delicado estado de los negocios familiares. Unido a las constantes preocupaciones por los acontecimientos políticos que se sucedían en la isla y la zozobra que sentía por la marcha de sus asuntos y propiedades un hecho inesperado vendría a sumarse a sus desvelos: el asesinato de su sobrina Clara.

Cienfuegos, 17 de agosto toma su título por la fecha de la primera carta que escribió Agustín Goytisolo Lezarzaburu a su familia de Barcelona después que decidió volver a Cienfuegos; está fechada el 17 de agosto de 1873 y remitida a su esposa Estanislao Digat después de tres semanas de haberse bajado

del vapor San Vicente. Dice Goytisolo: «El viaje que hace años atrás se me antojaba una aventura y que emprendía con el corazón complacido me resultó esta vez plagado de incomodidades, tedioso e inacabable» (9).

Y agrega:

Vine hasta aquí por primera vez hace ya muchos años. Con mucho esfuerzo y sin ayuda de nadie construí lo que ahora poseemos y, aunque no soy joven como lo era entonces, mis propósitos son firmes y mi mano no tiembla todavía. No voy a permitir que nuestro patrimonio se evapore en un santiamén, a merced de los devaneos de unos gobernantes más ocupados en destruir el país que en proteger nuestros intereses. Republicanos libertinos que a buen seguro consideran ya la posibilidad de abandonarnos (9-10).

Como se observa, en esta primera carta Agustín da cuenta a su familia de Barcelona sobre la situación que se ha encontrado al llegar a la Isla:

Una gran decepción me esperaba al llegar a esta ciudad. No ignoraba los muchos alborotos que arrasan plantaciones y abrasan ingenios, ni las revueltas e insurrecciones que se desatan un día sí y otro también (...) Más apremiante es la situación política que, por lo que he podido apreciar, contribuye a la indignación creciente de los propietarios cuyas haciendas han dejado de ser seguras (...) aquí, en Cuba, no se habla de otra cosa que no sea la insurrección. Se confunden los términos, se olvida el glorioso pasado de nuestro país, se postergan las tradiciones, se relega el prestigio y se barajan como posibles verdaderos disparates. Razón tampoco les falta, ya que muy poco pueden confiar en las autoridades españolas y algunos hasta esperan lo peor: que Cuba sea abandonada a su suerte igual que antes lo fue Santo Domingo. La proximidad de los Estados Unidos es en este sentido, y en otros muchos sobre los que no me alargaré, poco menos que nefasta (10-11).

Esta carta es sumamente importante pues revela la situación por la que atravesaba Cuba y la manera de pensar de Agustín Goytisolo con respecto a su firmeza de carácter, así como lo que opinaba de la suerte que correría Cuba con el peligro de la anexión.

Piensa que el futuro de Cuba es inseguro, por eso no le «parece oportuno aventurar capitales en empresas que han de prosperar en una isla de futuro tan incierto» (11).

Menciona personalidades vinculadas con la historia cubana como Máximo Gómez «que ha probado sobradamente su arrojo» (12); y comenta que eran los españoles los que más bajas sufrían:

enfrentados a un ventarrón de negros armados con machetes y puñales a los que con dificultad aciertan a vislumbrar. En nuestra región permanecemos protegidos por el ejército y los insurrectos apenas se han asomado. No ha habido lucha, pero sí incursiones nocturnas en las que pequeñas partidas de canallas y malhechores se adentran para incendiar ingenios y liberar esclavos. El ingenio Tabriz —lo recordarás, Estanislao, cerca del Yaguanabo— quedó completamente destruido pocos días antes de mi llegada (12).

Alude a la casa de Cienfuegos que «mantiene su prestancia y no desmerece a la familia, contemplarla continúa siendo para mí motivo de satisfacción, de tranquilidad y de orgullo» (15).

En otra carta que le envió a su esposa fechada en Cienfuegos el 25 de noviembre de 1873 le comenta de su profunda desconfianza en «un país en el que cada cual arrima el ascua a su sardina y sospecho que el gobierno español, si merece ese nombre, acabará por repatriar tropas y gobernantes» (19). De la misma manera le hace saber que «los hacendados aquí en Cuba, desamparados por las autoridades y a la buena de Dios, deberemos entonces velar en persona por nuestros caudales y vigilar muy de cerca nuestros intereses aquí» (19); de igual forma, refiere el estado de sus ingenios y sus propiedades azucareras:

En la Isla, los ingenios están moliendo ya, y mal que bien, las cosas siguen el curso previsto. Durante la visita que llevé a cabo con Agustín a mediados del mes pasado, pude comprobar que los mayores han ido trampeando los problemas y se las resuelven para continuar a un ritmo aceptable. El Lequeito empezó hoy y en el Simpatía cortan caña desde el 25 del pasado mes. Contamos con unas 5' bocoyas de azúcar más las veinte que esperamos del Lola. En el San Agustín se

refina ya y, a pesar de las dificultades, saldaremos el año con buena disposición. Además he decidido sembrar en frío con un par de caballerías para adelantar al Lequeito (20-21).

En sus cartas Agustín alude constantemente a los negros, a la negrada que profiere «insultos en lenguas no cristianas» (22), las revueltas en los barracones, los incendios en las plantaciones.

A lo largo de la novela aparecen personajes reales y ficticios. Los reales son Agustín Goytisoló, su mujer Estanislao Digat, sus hijos, Agustín que vive en Cienfuegos y Antonio que es el receptor de las cartas en Barcelona, la tía Telesfora, Fermina, la hermana de Estanislao, algunos nombres de sirvientes y esclavos y otros vecindados en el lugar citados por Agustín en sus cartas como el mulato Cabrera, Pancho, Pastora, Elodia y Quesada, Plácida, el doctor Guzmán; también aparecen personajes que existieron realmente en Cuba y que dejaron huellas en la historia cubana como: Valmaseda, Pi y Margall, Moret, Garrigá, Carlos Manuel de Céspedes, Cisneros Betancourt; los ficticios son las primas Clara y Emilia, el tío Vicente, todos los pretendientes de Clara: Timothy Andrews, Duvergier, Araquistáin, Juan Velasco, el Capitán Madariaga, y algunos sirvientes y esclavos como Sara, Cecilio –su hijo–, Albertina.

El personaje de Clara es fundamental para conocer la trama de la novela. Por Agustín sabemos la descripción física y las cualidades de muchos personajes como el de Clara y otros como el tío Vicente que «acude al Casino para divagar sin prisas sobre tal o cual oda, o para condenar determinado tipo de composición lírica» (28); hombre ilustrado y de buen prestigio.

Al llegar a Cienfuegos, desde La Habana, las primas Clara y Emilia, Agustín corrobora la belleza de Clara de la que había oído hablar:

Se ha convertido en una joven de un atractivo extraordinario cuya mejor prenda es una sonrisa que no parece conocer desmayo. Cabello oscuro, ojos ligeramente rasgados y vestidos alegres –excesivamente floreados a mi entender–, y casi sin joyas. Clara es una adorable joven que reúne todos los atributos capaces de hacer feliz a un hombre, por exigente que éste sea (...) Es simpática con todos y con cada uno y no duda en saludar con una efusividad algo fuera de lugar, que

solo se concibe aquí en el trópico, tanto a parientes como a esclavos (29).

De Emilia nos participa que:

Ha madurado más deprisa y se asemeja más al abuelo Leopoldo, tiene sus mismos ojos pardos y los labios tan finos que al sonreír parecen desaparecer de su rostro (...) es una mujer hecha y derecha, astuta, discreta y bien dotada para el gobierno de una casa. Toca el piano y el clavicordio, canta y escribe composiciones que a menudo ven la luz en las revistas de mujeres y que son de buen recibo entre las hacendadas. Completamente distinta a Clara. Emilia muestra un recato excesivo, sonríe en raras ocasiones y nunca a carcajadas, como su hermana, habla cuando le preguntas y camina por la casa sin hacer ruido, como una sombra eficiente y piadosa consagrada a hacer compañía a tía Telesfora en lo que esta última insiste en llamar «su lecho de dolor» (29).

El lenguaje empleado para la descripción de estos dos personajes está cargado de epítetos y adjetivaciones: atractivo extraordinario, cabello oscuro, ojos rasgados, vestidos alegres, adorable joven, todos vinculados a Clara, enfatizando que tiene «una efusividad algo fuera de lugar» y simpática con todos; en contraposición a ella, la personalidad de su hermana Emilia es la antítesis, «completamente distinta», ojos pardos, labios finos, mujer astuta, lee, canta, toca instrumentos musicales, escribe, está bien dotada para los quehaceres de la casa, muestra un recato excesivo, no sonríe a carcajadas, es piadosa y consagrada.

La caracterización que los autores nos ofrecen de las hermanas Clara y Emilia Marull es clave para entender el final de la novela. Clara es una mujer que se ríe de los hombres, no los escucha, menosprecia sus peticiones, se cuestiona por qué los hombres pueden estar todo el tiempo en las plazas y calles y las mujeres no. La carta que Clara le escribe a la familia Goytisolo en Barcelona es reveladora de sus dotes feministas, dice Clara:

Yo incapaz de encarar una labor o de dejarme la vista entre las páginas de un libro durante toda una tarde, me tiro al abandono, me acerco a la bahía o me llego en el birlocho hasta Nuestra Señora de los Ángeles. No sé prescindir del

sol, de la cercanía del mar ni del viento en las palmas y, aun en estos días en los que las tardes refrescan, me resulta imposible recluirme en la casa o pasar las horas en compañía de las mujeres en el patio. No alcanzo a entender por qué los hombres pueden frecuentar las tabernas, recorrer libremente la manigua, pisar las calles sea cual sea la hora del día o de la noche, o pasar las tardes en las galleras apostando por un barbudo que morirá al cabo de unas horas, mientras yo debo quedarme cosiendo, bordando o pasando el rosario (35-36).

Clara es una mujer que se sale de los cánones de su época, tuvo muchos pretendientes y a ninguno oyó. Se suceden muchas muertes, hasta la misma Clara es asesinada por uno de ellos, el Sr. Duvergier, y es precisamente Emilia quien la venga, pues lo hace saber en la carta que le envía a su primo Antonio a Barcelona fechada en París el 22 de septiembre de 1874.

Dentro de los sirvientes y esclavos hay dos personajes importantes: Sara y su hijo Cecilio. Sara es una vieja esclava doméstica en Cienfuegos. «Trasiega por la casa con entera libertad, va de una habitación a otra y más parece un ama de llaves, una gobernanta, que una esclava» (30); Sara acompaña a Clara de tarde en tarde, conoce cada rincón de esta ciudad y le enseña «dónde encontrar las flores más bellas, los mejores artesanos o las piedras más preciosas» (37); sabe de santería y Clara gusta de oírla hablar de Olokún, el dueño de los abismos, de Changó, de Ogún o de Yemayá. «Le he pedido que me lleve ante un babalocha – dice Clara –, pero insiste en repetir que ese no es mi sitio, que no es lugar para mí y que cada uno está bien donde está» (37). Sara es una «vieja yoruba de los carbones en los ojos y la cintura ancha como la rueda de un carro, es la mano derecha de Carmen. Ella estaba aquí antes que nadie, llegó siendo una niña, aquí crió a su hijo y siempre oí decir que con sus propias manos ayudó a levantar esta casa (...) Sara ha hecho de todo, tanto en Cienfuegos como en El Lequeito, y fue ella nuestra cocinera en la plantación, la que preparaba los mejores tasajos, la más apetitosa olla criolla, el más dedicado coquimol o la más rica sopa de yuca o de camarones» (39). Es taciturna, diligente, hechicera, prepara brebajes, aleja a los espíritus. Murmura por toda la casa en voz baja y sabe que cualquier día le traerán a su hijo muerto.

Cecilio es uno de los esclavos que se unió a una partida y a las revueltas, ha liberado a varios cientos de esclavos, de niño no temió nunca a nada ni a nadie.

En la mayoría de las cartas aparecen referencias a Cienfuegos y su región, a personas, hechos y espacios: el teatro Avellaneda, Henry Reeve, *el Inglesito*, que comandó la brigada de Cienfuegos, el puerto de Jagua, la fortaleza Nuestra Señora de los Angeles de Jagua, la inauguración del acueducto, la Catedral de la Purísima Concepción y el reloj, el cementerio de Reina, las localidades de Palmira y Cruces; nos informa de la gama de personas de varias nacionalidades: franceses, norteamericanos, asiáticos que han emigrado a Cienfuegos: «La ciudad se ha llenado de periodistas, de americanos petulantes que hablan de libertad mientras entregan armas a los rebeldes, de juramentados, de diplomáticos merecedores de todas las sospechas y de traidores a su patria» (104).

En muchos párrafos de las cartas se habla de la abolición de la esclavitud, de la tea incendiaria «En la isla las cosas van de mal en peor. En mitad de la zafra algunas partidas han llegado hasta Cienfuegos y han devastado algunas propiedades y quemado algunas plantaciones en las proximidades» (102), se mencionan hechos que se sucedieron en la historia patria y son contados por Agustín Goytisolo a su familia de Barcelona: la muerte de Céspedes en San Lorenzo, la batalla de las Guásimas, etcétera.

El 15 de agosto de 1874 Agustín escribe nuevamente a su familia y le cuenta sobre los espacios que a tenor de la Modernidad se convierten en tribunas donde se expresan las ansias de libertad presentes en la Isla:

En Cuba — dice — se escucha cada vez con mayor frecuencia en salones, casinos y cafés, e incluso puede leerse en papeles volanderos que uno encuentra a su paso en mitad de la calle, la exigencia de libertad para la isla. Reclaman una Cuba libre, independiente y próspera en la que no existirán esclavos. Y los que no, se llenan la boca hablando de separatismo o de abolición (172).

Dedica varios párrafos a comentarle a su hijo Antonio sobre el hacendado Tomás Zulueta, «hombre entero y de mi mismo pensar (...) La libertad de los esclavos ha de facilitar, según

afirman los abolicionistas y Zulueta con ellos, el aumento de la producción» (172).

Un aspecto importante que se aprecia en la lectura de una de las cartas de Agustín a su hijo Antonio, es el pedido de cuentas de la construcción del palacete de la familia Goytisolo en la céntrica Plaza de Cataluña en Barcelona, pues ya a la altura de sus años le confiesa que: «Si prosigo aquí no es sino por el propósito de conservar y aumentar, si Dios lo tiene a bien, el legado que pretendo para todos vosotros» (105). Obsérvese en esta cita cómo aparece la referencia al capital indiano invertido por esta familia en España.

El libro se cierra con otra carta fechada el 21 de noviembre de 1874, remitida por Agustín a su hijo Antonio, donde le comenta que ya está más viejo y cansado y que nunca logra interesarse:

Por los avatares de todo tipo que años atrás me habrían robado el sueño y la vida. Me limito a asentir y a dar por buenas las decisiones de mi primogénito porque, aunque no me sienta amedrentado por lo venidero, estos últimos meses aquí en Cienfuegos, en nuestra casa, me han permitido entender que los días, pocos o muchos que Dios me reserva todavía, deseo pasarlos junto a mi esposa y al resto de mis hijos. Y que ha llegado la hora de que tu hermano represente aquí mis asuntos, que son suyos a la par que vuestros (218).

No creas Antonio, que mis palabras constituyen un reproche; muy al contrario, comprobar que Agustín es, a su manera, un hombre de mérito y que sabe agarrar bien firme el timón cuando las aguas andan revueltas no es sino un alivio. Me siento ya caduco y medio exhausto y la buena disposición de Agustín es el mejor de los consuelos (219).

Y más adelante le comenta: «No creas, Antonio, que lo abandono todo. Tu hermano ya no piensa, y sobre todo ya no siente lo que yo; ya no le conviene, ni a él ni a nadie, sentir como yo siento» (219). «Agustín, cubano por nacimiento, deberá defender con firmeza nuestro patrimonio aquí. Y no me cabe duda alguna de que así será. Por este motivo y por muchos otros en los que no necesito ahondar; he decidido abandonar Cuba dentro de muy poco» (221).

Se aprecia no solo el cambio que ya experimentaban los nacidos en Cuba, sino también aquellos que ya veían venir la quiebra del gobierno español en la Isla, y ya no podían pensar igual, pero tampoco les convenía.

Solo siente dejar a Sara, la negra esclava ya muy vieja, al tío Vicente que sigue enviando sus escritos al Casino Literario y que espera ganarse un espacio en el *Diario de La Habana*, a Carmen la criandera, en fin, siente dejar a todos los sirvientes de «la casa esquinera que tantos sudores me costó levantar» (221).

Finalmente, en un extenso párrafo apreciamos el sentimiento que lo embargaba ante su decisión de abandonar Cuba y partir hacia España:

Dejaré atrás esta isla en la que todos vosotros llegasteis al mundo y en la que me he dejado la salud y la vida. Aunque no puedo quejarme, puesto que me ha dado lo que poseo y me ha enseñado a luchar por lo que persigo, tampoco consigo evitar sentir cómo es de ingrata. Ahora, que casi tengo un pie en el océano y que probablemente no he de volver a pisar esta tierra, no puedes imaginar hasta qué punto pesa sobre mis espaldas la indiferencia de sus gentes. Nada nos es reconocido a los que como yo trajimos la prosperidad y el progreso a estos lugares a los que la mano de Dios apenas alcanzaba. Que Cuba sea hoy un lugar civilizado que codician por igual americanos y criollos y que se obtengan de su suelo arrobas de azúcar o de plátanos, que sus ciudades sean hermosas y civilizadas, que en ellas se cante ópera y se estrenen obras de teatro o que el ferrocarril permita transportar sacos y toneles de un extremo a otro; es y lo será siempre, algo que los cubanos deberían en justicia reconocer a los hacendados españoles. Pese a quien pese, las cosas son así, y nadie podrá convencerme de lo contrario. Y es que cuarenta años, Antonio, los pasados aquí, son toda una vida (224-225).

A manera de conclusiones: una invitación expresa a su lectura

Quisiéramos terminar, haciendo una invitación a la lectura de esta novela que tiene como centro a Cienfuegos y a la ciudad de Barcelona donde se establecen los negocios comerciales y donde se invirtió el capital de esta rica familia de hacendados españoles.

Agustín Goytisolo y Lezarzaburu ya mayor decidió volver a aquella ciudad para reunirse con 7 de sus hijos y allí murió; Agustín (hijo) se había quedado en Cienfuegos para cuidar de sus negocios.

La casona que construyó, conocida como «La Catalana» o el Palacio de Goytisolo, aunque ya destruida con el paso de los años, es exponente de la fortuna y el poderío económico alcanzados por él en esta región como consecuencia de los dividendos obtenidos con el trasvase y trasiego de sus negocios y riquezas desde Cienfuegos hacia Barcelona.

Con la novela *Cienfuegos, 17 de agosto*, sus autores consiguieron reflejar una época convulsa previa al año 1898 en Cuba. La esclavitud, la situación política, los crímenes, las revueltas, los incendios, las plantaciones, la lucha por la independencia cubana, la abolición, la idea de anexión a los Estados Unidos, personajes reales y ficticios, unido al manejo del lenguaje que lo convierte casi en un personaje más, y un intrigante argumento, son los ingredientes de esta sugerente novela epistolar de tema histórico; que recrea hechos, lugares, espacios ciudadanos cienfuegueros, y ofrece al lector una gama de personajes que existieron realmente, dejaron su huella en este lugar y ya forman parte del patrimonio tangible e intangible de los cienfuegueros.



Facsímil de la novela *Cienfuegos, 17 de Agosto*

Bibliografía

- BONELL, PABLO: Mensaje enviado por correo electrónico a la autora de este trabajo.
- BONELL, PABLO Y EMPAR FERNÁNDEZ: *Cienfuegos, 17 de agosto*. Barcelona: Roca Editorial, S.L., 2004. Impreso.
- MORENO FRAGINALS, MANUEL: *El Ingenio. Complejo económico social del azúcar*. Tomo I, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978. Impreso.
- SOCIEDAD. «*Cienfuegos, 17 de agosto/una novela histórica, negra y epistolar*». Periódico *Comercio Digital* (España), mayo, 2004.